

Joker. Salud, sufrimiento y poder

Tomás Domingo Moratalla

Profesor de Filosofía. Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED).

tdmoratalla@fsf.uned.es



Ficha técnica

Título original: *Joker*

Director: Todd Phillips

Guionista: Todd Phillips, Scott Silver

Año: 2019

Duración: 121 minutos

País: Estados Unidos

Reperto: Joaquin Phoenix, Robert de Niro, Zazie Beetz, Frances Conroy, Brett Cullen, Bill Camp, Shea Whigham, Dante Pereira-Olson...

Género: Thriller. Drama psicológico

Arthur Fleck es un hombre de apariencia «normal», vive en la ciudad de Gotham con su madre, mayor y enferma, a la que cuida. Hace de payaso en pequeños trabajos que va encontrando, nada seguro ni estable. Así pues, se pasa la vida haciendo reír a la gente, o al menos intentándolo. Su manera de ser, sus problemas mentales, hacen que la gente lo vea como un tipo raro. Sin embargo, Arthur tiene un sueño, una vocación: actuar como cómico ante un público. Pero una serie de acontecimientos inesperados hacen que su sueño se trunque, que su vida dé un vuelco y que la tragedia que vive y sufre lo lleve a odiar a una sociedad, que, por otra parte, lo único que tiene para él y para los que son como él es desprecio.

La película, más allá de las innumerables críticas, tanto positivas como negativas, es una gran película. La dirección es medida, la música acompaña con perfección la acción y la vida interior del personaje central, la ambientación es extraordinaria, a medio camino entre la realidad y la ficción, y la interpretación, sobre todo de Joaquin Phoenix, que da vida a Arthur Fleck, es magnífica, impresionante. La cinta recupera a un personaje del mundo del comic, el *Joker*, habitual en la serie de Batman, y nos lo humaniza, nos lo hace «humano, demasiado humano», es decir, a nuestro alcance, a nuestra altura. Disfrutamos con la película y nos hace pasar un buen rato, o un mal rato, según se mire. Pero, en cualquier caso, se trata de cine, buen cine.

Pero, además, la película, bien mirada, es una invitación a pensar, a pensarnos, pues se trata —más allá de todo, de la exageración, del histrio-

La frase del protagonista, «Lo peor de tener una enfermedad mental es que la gente espera que te comportes como si no la tuvieras», nos hace reflexionar, más allá de su verdad, sobre la estigmatización de la enfermedad mental

nismo, de los gestos descompuestos y las luces y sombras que nos deslumbran—, de un hombre que sufre, y todos somos hombres y mujeres que sufrimos. Por eso también la película es inquietante, porque va sobre nosotros y la manera que tenemos de ver al otro que sufre. La película tiene el gran valor de permitirnos observar y tratar el mundo de la salud mental. A poco que rastreemos en Internet veremos cómo psicólogos y psiquiatras se van a dividir críticamente. Unos van a considerar que los síntomas del protagonista, sus problemas mentales, así como las instituciones y todo lo que rodea a la «salud mental» está muy mal tratado, incluso maltratado, ofreciendo una imagen distorsionadora; otros, al contrario, van a alabar la finura del análisis psicológico del personaje y la puesta de relieve de las condiciones de los enfermos mentales. Pero, más allá de unas opiniones u otras, de las que podemos aprender sin reserva, me interesa invitar al lector (espectador) a considerar la película como una herramienta para pensar la cuestión de la salud mental y, sobre todo, la condición humana en situaciones

difíciles donde el sufrimiento pasa a ser la nota esencial, y donde nuestras capacidades son, por decirlo así, ocultadas, dislocadas o desquiciadas.

Se trata, por tanto, de pensar, a partir de la película, algunos de los estereotipos, ciertos o no, de la salud mental. Nos ayuda a analizar la conformación de actitudes sobre la salud mental. El mayor estereotipo que la película pone en juego –como tantas otras– es que la enfermedad mental conduce a la violencia. Quizás sí se puede decir que la película muestra cómo una persona se puede convertir en asesino, y que en esta ocasión es un enfermo mental, pero de ahí no puede deducirse que la enfermedad

nos puede ayudar a abrir los ojos ante la salud mental. La frase del protagonista, «Lo peor de tener una enfermedad mental es que la gente espera que te comportes como si no la tuvieras», nos hace reflexionar, más allá de su verdad, sobre la estigmatización de la enfermedad mental. Bienvenida sea esta invitación de esta provocadora película.

Como digo, la película nos ayuda a considerar los estereotipos. ¿En qué sentido? Sobre todo, porque nos ayuda a ver al individuo no de una forma aislada, sino a verlo en relación. La salud mental no es solo de «mi» «mente»; tiene que ver con el cuerpo, con las circunstancias físico-materiales,

y pueden, a veces, y no pueden, otras.

El protagonista es un ser que sufre y, al mismo tiempo, es un ser que vive el poder, un cierto poder. La vida humana no es otra cosa que el desarrollo de poderes y capacidades. La vida humana plena es aquella que desarrolla esas capacidades que nos definen: capacidad de decir y expresarnos, capacidad de hacer y de invención, capacidad de hacernos una historia y contarla, de asumir nuestra vida y configurarnos autónomos y responsables, etc.; pero estos poderes van acompañados en toda vida humana de sus dificultades de realización; la disminución del poder es el sufrimiento, somos hombres y mujeres capaces e incapaces. Esa extraña mezcla es la que nos define y la que vemos en el *Joker*, y nos inquieta. Lo vemos sufrir y vemos también cómo su poder, cierto poder, conduce a la destrucción, propia y de otros. Se trata de un poder «desquiciado». Los poderes en el quicio nos hacen crecer y madurar, creativos y libres; los poderes desquiciados pueden destruirnos a nosotros y a los otros. La puerta que gira sobre su quicio se mueve poderosa, la que se desquicia también se mueve y cede, pero nos arriesgamos a perderla como puerta, y quedarnos sin salida. La metáfora del quicio (y la ética del quicio que a ella asocio) nos obliga a pensar que una ética del cuidado, una política del cuidado, tendrá que preocuparse de que esos poderes no se desquicien. Y cuidar no es solo atender parcialmente unos síntomas de una determinada enfermedad mental, es atender a toda persona viviendo y sufriendo, en su completa biografía. Una ética del cuidado de la salud mental es necesariamente una política del cuidado de las personas en su poder y, al mismo tiempo, en su sufrir. Nuestra tarea como sociedad es posibilitar que todos y cada uno encuentren el quicio, su quicio. Aprendamos la lección del *Joker*.

La puerta que gira sobre su quicio se mueve poderosa, la que se desquicia también se mueve y cede, pero nos arriesgamos a perderla como puerta, y quedarnos sin salida. La metáfora del quicio nos obliga a pensar que una ética del cuidado, una política del cuidado, tendrá que preocuparse de que esos poderes no se desquicien

mental sea la causa de esa violencia. Hay muchos otros factores. No reparar críticamente en este prejuicio puede conllevar que se propaguen afirmaciones gratuitas y falsas sobre la conexión entre salud mental y violencia, o que algún presidente de algún estado todopoderoso declare que los enfermos mentales son los causantes de los disparos masivos y discriminados, y que deberían estar todos encerrados.

La literatura, el arte, o el cine en esta ocasión, nos ofrecen claves esenciales para pensar y comprender cómo las circunstancias hacen en parte al individuo que, en parte también, hace sus circunstancias. Muchas veces el arte va por delante de la reflexión, psicológica, filosófica o científica. Ahora

etc., y no solo es «mi», hay otros, e instituciones, que pueden apoyarnos o anularnos. La película nos muestra una posibilidad, pero es solo una posibilidad, la del descuido y la del desquiciamiento. Por eso, repensando la salud mental más holísticamente, podemos pensar también de otra manera las relaciones de cuidado o la búsqueda del quicio. Pero no crea el espectador que la película trata del «enfermo mental», como si fuera otro, no. Precisamente la película logra, en muchos momentos, que nos identifiquemos y comprendamos al protagonista, y así se relativice imaginativamente el límite y la relación entre lo normal y lo patológico, lo sano y lo enfermo. Nosotros, todos, también somos él, es decir, personas que sufren y quieren,